



EL ABSOLUTO

LA CÁBALA DE LA MERCAVÁ

Una vía universal de iluminación y liberación, Eduardo Madirolas Isasa.

El punto de partida de toda la reflexión cabalística es el de la unidad esencial de todas las cosas. Dios es Uno. La Realidad es una. Toda discontinuidad es aparente. Llamamos Absoluto al estado de Realidad Total. Esta Realidad incluye tanto a la parte que está manifestada, es decir, que se hace presente en la conciencia, particularmente en la conciencia humana, como la que permanece inmanifestada, y por tanto, no conocida, incluso incognoscible. Hablando globalmente, la parte manifestada es más amplia de lo que comúnmente entendemos por la Creación, pues el mismo Creador presenta una parte de sí manifestada, aunque en su esencia no lo esté. En todo lo anterior, y en lo que sigue, se da por sentada la limitación intrínseca del lenguaje. Por necesidad hemos de referirnos a realidades que lo trascienden y, por tanto, los conceptos utilizados deben entenderse en términos metafóricos. No renunciamos, sin embargo a hablar – lo que sería otra opción – pues aunque el lenguaje forma parte de lo contingente, es un peldaño necesario para acceder en lo posible a aquello mismo que lo supera, aunque lo incluye. Así, Dios es una palabra, es un Nombre de “Eso” que también hemos denominado el Absoluto. Utilizamos estos términos prácticamente como sinónimos: Dios, Absoluto, Realidad Total, y también Infinito, Emanador, Creador y otras denominaciones que deberán ser precisadas más adelante. Puesto que nosotros, en nuestro estado actual, no tenemos una experiencia directa del Infinito como tal, deducimos su realidad



como un principio necesario, llevando al extremo nuestra percepción de un mundo fragmentado y determinado por la existencia de límites. Para ello ascendemos por la escalera de la abstracción creciente o, si se quiere, recorreremos en sentido inverso la cadena de las causas. Y decimos a la inversa, porque, para la Cábala, el sentido de la causalidad es de arriba abajo – del espíritu a la materia – y no al contrario.

Admitimos entonces que Dios, el Absoluto, es la causa primera o primordial, la causa de las causas y, puesto que, por necesidad, el estado de Infinito no puede ser de otra manera que una esencia simple y perfecta en grado superlativo, la pregunta es cómo, a partir de él, deviene un cosmos múltiple compuesto por entes finitos y con un grado de independencia en mayor o menor grado. Pero no es sólo el aspecto mecánico el que nos interesa; está también el por qué y el para qué de todo ello. En este capítulo no nos proponemos el justificar rigurosamente nuestras aseveraciones, que serán para nosotros postulados, hipótesis de trabajo, si se quiere. Así, partimos de la existencia de ese estado primordial que llamamos Absoluto y que es la Fuente de todo, razón por la cual debe contener todo en un grado máximo de perfección. Es decir, debemos concebirlo como absolutamente lleno de todas las cualidades en su grado máximo de completitud y realización. Y, sin embargo, por otro lado, sabemos que no podemos atribuirle ninguna cualidad, ni siquiera la de existencia, pues eso sería encerrarlo en límites: existencia frente a no existencia y lo mismo con otras consideraciones semejantes. Debe estar, pues, más allá de toda cualidad y, por tanto, vacío, al no poder predicar nada de él. Por esta razón es llamado, a veces el Ain, la Nada, porque no hay nada a lo que pueda compararse. Éste es



un término que, siendo completamente sugerente, puede resultar equívoco, pues, en el fondo se trata de una paradoja: hablamos de una Nada Positiva, que produce o genera de sí, y es, por tanto, lo contrario de lo que comúnmente se entiende por el estado negativo y pasivo que llamamos nada. Y puesto que, en esencia, más que un problema ontológico, se trata de una cuestión que pertenece al ámbito de la conciencia – de lo que podemos llegar a conocer o a concebir desde nuestro estado actual – es preferible usar el término de Inmanifestado para referirnos a ese tipo de Realidad que se halla completamente fuera de nuestras categorías mentales o las de cualquier otro ser (salvo las del Absoluto mismo).

Por el contrario, llamamos Manifestación al tipo de Realidad de la que podamos tener conciencia – nosotros o cualquier otro ser dentro del ámbito de la existencia – y que comprende al conjunto de todos los mundos y planos que han sido, son y serán en todas las dimensiones del ser, incluso Divinas. Dios, en su esencia, está inmanifestado – es el Inmanifestado – pero revela una reflexión de Sí (o una versión de Sí – las palabras fallan –) en la Manifestación. Y así, decimos que, en la jerarquía de los mundos (véase más adelante), el llamado mundo Divino o de las Emanaciones – previo a la Creación – constituye la revelación activa y directa del Absoluto Inmanifestado en el seno de la Manifestación.

No se entienda lo anterior como una apelación al dualismo, propugnando la existencia de dos modos irreducibles de ser. La Cábala es esencialmente monista. Sólo hay un Ser. La proclamación de la Unidad es el



precepto fundamental del judaísmo y la piedra angular de la sabiduría cabalística.

Es el Shemá, Israel (Deut 6:4): “Escucha Israel YHVH Elohenu (nuestro Dios) YHVH es Uno.” Tendremos ocasión de ver que el Nombre de Dios, YHVH, es la metafórmula de la Manifestación, la Vasija que contiene la Luz Infinita (o con que se viste la Luz del Infinito) para dar lugar a todo lo que existe. También en otro lugar analizaremos y utilizaremos toda la potencia meditativa del Nombre y de este versículo. En estos momentos baste decir que la proclamación anterior de la unidad se completa con la afirmación de la unicidad: Dios es Ejad (Uno) y Yajid (Único). No hay nada más. Tenemos las siguientes citas:

Deut 4:35 ***“A ti te fue mostrado, para que supieses que YHVH es Dios, y no hay otro fuera de él.”***

Deut 4:39 ***“Conoce pues, hoy, y reflexiona en tu corazón que YHVH es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro.”***

Isa 45:5 ***“Yo soy YHVH, y ninguno más hay.”***

Todo lo cual se interpreta convencionalmente como que sólo hay un Dios (monoteísmo), pero que el judaísmo místico contempla como la afirmación de que Dios no es sólo Uno, es también Único; es el único Ser. Y observamos que en las tres expresiones anteriores encontramos la palabra Ain, cuyo significado cabalístico es el del velo de la Nada puesto delante de la esencia Divina. Y a continuación la palabra Od, que esencialmente consiste en las dos letras que en el Shemá Israel aparecen escritas de mayor tamaño, (ya que la



letra intermedia, la Vav, significa unión, conjunción). Su significado general es Conciencia y también Eternidad, ya que la conciencia en sí permanece aparte de sus contenidos, entre los que se encuentra la temporalidad. Es la primera letra, la Ayin, la que de hecho porta el significado de conciencia. La segunda, la Dalet, que es el número 4, es el anagrama de la manifestación. Esto es una clave importante: el hecho de que la manifestación tenga lugar en el seno de la Conciencia Divina, de lo Absoluto como Conciencia. Decimos, pues, que la Manifestación sucede en el seno de lo Inmanifestado, es decir en el seno de Dios, y no es discontinua con él. Tal como se afirma: Dios es el sitio del mundo y el mundo no es su sitio. Resulta, entonces, que si la manifestación es un hecho de conciencia, la discontinuidad es sólo aparente. Sucede, por así decir, por una contracción en el campo de la conciencia del Infinito, de la Deidad. Explicar esto constituye uno de los principales temas de Maasé Bereshit, la Obra de la Creación. Pero antes de entrar en ello, conviene plantearse al menos ciertas cuestiones: Si hemos dicho que no podemos atribuir cualidad alguna al estado primordial de Absoluto, ¿en qué sentido podemos hablar de conciencia?

No podemos atribuirle conciencia, pero tampoco podemos dejar de hacerlo. El Absoluto es el Todo en Unidad perfecta que es anterior a todo, a la conciencia y a la no conciencia. Ese estadio de dicotomía constituye una diversificación posterior. Y no es lo mismo unidad que unificación, porque lo segundo exige una multiplicidad previa. Ese será más bien nuestro camino, nuestro recorrido. Como hemos dicho antes, la génesis causal de lo real es descendente. Eso contradice al punto de vista materialista que propugna justo el punto de vista inverso. Así, por empezar por algún punto, si



consideramos que la realidad fundamental está constituida de partículas elementales y todo lo que existe es una combinación de las mismas en diferentes grados de complejidad estructural, no podemos considerar que propiedades como la vida, o la conciencia, tengan ningún tipo de realidad esencial. Se tratará de epifenómenos de la materia o, si se quiere, de propiedades emergentes que se manifiestan con la complejidad. En Cábala se piensa que sí, que es cierto que la manifestación de esas propiedades abstractas exige un grado de complejidad en la organización, pero no es que la propia complejidad las cause, simplemente las permite. Es decir, la vida, la conciencia, etc., tienen una realidad previa en otro plano del ser. De hecho son propiedades de todo lo existente, pero son participadas (en sentido platónico), y por tanto manifestadas en mayor o menor medida, según el grado de organización de la vasija que las alberga. Eso quiere decir que, puesto que participamos de las cualidades que de ella dimanar y que de algún modo tienen que reflejarla – aunque la diferencia de grado sea infinita – es posible establecer una relación con esa Realidad Absoluta que llamamos Dios, aunque en general este término se aplica al aspecto del mismo manifestado a la Creación. En realidad, del Absoluto nada sabemos. Por eso al hablar de Ain, la Nada, u otras expresiones similares, nosotros preferimos considerarlas no como realidades en sí, sino como velos que nos apantallan su realidad infinita e incomprensible y, sin embargo, por lo que hemos dicho antes, absolutamente presente. Podemos entonces, en lo que sigue, utilizar tres metodologías para abordar el problema de la existencia: 1. Sólo el Absoluto es real. Nada más existe. Todo lo demás – aquello que a nuestra percepción aparece con el peso específico de realidad, incluyéndonos a



nosotros mismos en nuestra identidad como seres separados – es una ilusión concebida y desarrollada en el seno mismo de lo Absoluto. 2. Aunque inmersos en el seno de esa ilusión – aunque nuestra existencia forme parte del juego del propio Absoluto de esconderse y encontrarse – toda cualidad que podamos concebir es atribuible al Absoluto en el grado infinito de perfección y completitud. En particular, podemos concebirlo y apelar a él como una superconciencia o superidentidad con la que podemos establecer relación, si bien, en general, lo haremos a través de sus Rostros manifestados (sus diferentes grados de Presencia que nos servirán como lentes). Podemos, por ejemplo, desde nuestra realidad, amar a Dios (aunque en otro plano Dios se esté amando a Sí mismo).

Podemos también traspasar la frontera entre lo subjetivo y lo objetivo – pasar de la conciencia pura al plano del ente – y establecer una génesis o cadena de causas y efectos que nos explique la realidad tal como la percibimos; hacer así una física o metafísica de lo existente. El punto 1 corresponde a lo que en otro lenguaje llamaríamos el Espíritu. El punto 2 al Alma. El punto 3 al Cuerpo. Usaremos uno u otro según la situación lo requiera, siempre recordando que para cada enfoque existen los otros complementarios. ¿Cómo, pues, de este Infinito absolutamente simple y perfecto deviene un Cosmos múltiple, fragmentado, caracterizado por entes finitos y limitados?